



MATÍAS AMOEDO

LEER ES
FUTURO





UN PEQUEÑO TORNADO
LLEGARÁ DESDE EL MAR
MATÍAS AMOEDO

* ILUSTRADO POR: **COSTHANZO**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Amoedo, Matías

Un pequeño tornado llegará desde el mar / Matías Amoedo ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Augusto Costhanzo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.

104 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 1)

ISBN 978-987-3772-81-8

1. Cuentos Realistas. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Costhanzo, Augusto, ilus. III. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

MATÍAS AMOEDO



MARTÍNEZ, BUENOS AIRES, 1975. En 2014 publicó su primera novela, *Efecto Tequila*, por el sello Momofuku Libros. En 2005 fue finalista del concurso Leopoldo Marechal con el cuento “La muerte a la vista”. Es Licenciado en Administración de Empresas (UBA). Es redactor freelance, editor y coordina talleres literarios desde 2010.

COSTHANZO



BUENOS AIRES, 1969. Es ilustrador. Estudió ilustración, humor gráfico y caricatura. Trabajó en medios gráficos nacionales y luego internacionales. Sus temas recurrentes son la música, el cine y el fútbol. Pueden verse sus trabajos en: > www.costhanzo.com

**UN PEQUEÑO TORNADO
LLEGARÁ DESDE EL MAR**

*“... las imágenes poco a poco se van diluyendo,
como el sol poniente, y solo quedan las heridas.”*

Roberto Bolaño, Últimos atardeceres en la tierra.

DÍA 1

Como sucede antes de cada viaje que emprendemos, mi papá, en adelante Peter, le pide a mamá que nos despierte a las cuatro y media de la mañana. De ese modo, según Peter, evitamos el tránsito de los autos que atraviesan Buenos Aires y llegamos a Miramar

antes del mediodía. Mamá se levanta unos minutos antes de la hora acordada y después nos despierta a los dos. Me lavo los dientes y la cara, me visto y voy a la cocina. Mamá toda su vida madrugó. En Santa Fe, en Buenos Aires, en Martínez o en Miramar. No recuerdo nunca haberme despertado antes que ella. Me recibe con un café con leche y me pide que vaya a ver si Peter está despierto. Entro al cuarto sabiendo lo que voy a encontrar: Peter boca arriba, su gran nariz apunta al techo, los brazos extendidos forman un ángulo de 180 grados, ochenta y dos kilos que se hunden en el colchón que ya hace rato debió ser reemplazado por otro. Ronca fuerte. Me acerco despacio y le digo, con un tono suave pero lo

suficientemente enérgico como para que me oiga, que ya son las cinco de la mañana. Peter abre los ojos, parece odiarme pero no me odia: la culpa la tienen los dos atados de cigarrillos y su adicción por la guitarra que no lo dejan dormirse nunca antes de las dos. Más adelante cambiará la guitarra por las películas en VHS y luego por la grilla de Cablevisión. Una vez viudo, el insomnio lo mantendrá conectado a *Facebook* y páginas web de encuentros para adultos y su rango etario abarcará de treinta y cinco a sesenta años. A partir de los setenta abandonará todo esfuerzo por dejar de estar solo y se resignará a una vejez plácida en las Islas Griegas. Tendrá un barco, varios perros sin raza y una casa de una sola

habitación en la cual vivirá hasta el 2050, poco después de cumplir ciento tres años. El cigarrillo lo acompañará siempre, con un breve paso por los habanos durante la segunda mitad de los noventa y algo de hachís hacia el final de su vida. Enseguida voy, dice, y cierra los ojos otra vez. Esta escena se repite por lo menos dos veces más hasta que al fin se sienta en la cama, tantea con los pies en busca de sus pantuflas y se incorpora. Se despereza y va hasta la cocina en slips y remera vieja. Peter nunca usó pijama.

Llegamos a Miramar pasado el mediodía. El viaje es tranquilo, poco tránsito en la ruta, algunas demoras en las zonas donde la autopista está en construcción. Tenemos que viajar

en el Dodge 1500 porque la rural Falcon está en el taller. Peter recibió al Dodge como parte de pago por su trabajo en una obra de cuando tenía la empresa constructora. No tiene pasacassette y las radios de Buenos Aires dejan de sintonizarse apenas pasamos la rotonda de Alpargatas. Pese al frío, Peter maneja con la ventanilla baja. Le gusta manejar así: la mano izquierda afuera, sosteniendo el cigarrillo que se extingue más en el aire frío de la ruta que dentro de sus pulmones. El viento se cuele y hace que su pelo flamee sin desordenarse. Peter siempre odió su pelo, sin embargo será una de las razones por las cuales toda su vida parecerá diez años menor de lo que es. En Dolores paramos a desayunar café con leche y

medialunas. Peter come una de grasa, yo tres de manteca con dulce de leche. Antes de retomar viaje aprovechamos para ir al baño. Peter se ubica en un mingitorio junto a la puerta y yo en la otra punta. Hace aproximadamente un año empecé a sentir vergüenza de que me viera desnudo.

La tensión, a medida que nos acercamos a Miramar, se consolida en las facciones de Peter. El balneario vecino al nuestro parece estar intacto y eso me da algunas esperanzas, pero a Peter no: él ya sabe porque César lo llamó dos días atrás para contarle lo que había sucedido en *Arenas*. Lo primero que vemos al llegar desde la ruta son las paredes de las canchas de paddle, derribadas como si fueran ladrillos

de Lego: verdes de un lado, rojos y grises del otro. Los techos del sector norte parecen sanos, pero Peter sabe que los que miran al mar, los más expuestos al viento sudeste, no están bien. Lo comprobaremos apenas dos minutos después, una vez que crucemos la tranquera y la playa de estacionamiento. Bajamos nuestros bolsos del auto y dos cajas con provisiones que mamá nos preparó antes de salir: tres kilos de papas, algunas cebollas, dos docenas de huevos, dulce de leche, mermelada de higo y algunas leches larga vida. Llevamos nuestros bolsos al cuarto que durante el verano hace de administración, y las cajas con provisiones a la cocina del restorán. Peter saca una de las tapias de madera que protegen los ventanales para

que entre luz natural durante nuestra estadía. Yo lo imito y saco la que protege la ventana del cuarto. Pelamos algunas papas y picamos las cebollas. Peter lo hace con un cigarrillo en la boca, saca parte del humo por la nariz. De chico me gustaba comparar las fotos de Peter veinteañero con las de Mario Kempes en el Mundial del 78. Morochos, pelo por los hombros, patillas largas y tupidas. Eran bastante parecidos más allá de la condición atlética de uno y otro. De más grandes, con mi hermano Andrés, le diremos que se parece a Sandro y Peter se enojará. Mientras él cocina la tortilla yo lavo dos platos, dos vasos y dos juegos de cubiertos. El agua tarda unos segundos en salir, al principio oxidada, luego transparente, y

me quema las manos con su frío. Todavía no prendimos el termotanque y no lo haremos por el resto del viaje: está quemado, Peter no puede gastar plata en arreglarlo y mucho menos comprar uno nuevo. Me pide que busque una bolsa de café en grano y lo muele. Encuentro el café pero el molinillo, que debería estar detrás de la barra, no está por ningún lado. Peter se queja, pone la tortilla a cocinarse a fuego lento y se acerca. Él tampoco lo encuentra. Da su veredicto sin dudarlo: se lo robaron los guardavidas. No creo, digo yo. No hay otra, dice. Me pide que tome una hoja y anote las compras que deberemos hacer: café instantáneo, carne, manteca, cigarrillos, pan, tomates. Almorzamos en silencio, sentados

junto al ventanal. Después de comer Peter prende otro cigarrillo. El mar está revuelto a causa de la sudestada; el cielo, nublado. El viento trae pequeñas gotas de agua salada que se estampan contra el vidrio como insectos en el parabrisas. En la orilla se ven bastantes piedras, el talón de Aquiles de nuestro balneario. Dentro de algunos años las protestas de Peter surtirán efecto y la municipalidad construirá una escollera para llenar nuestra playa de arena en perjuicio de la playa vecina. Por la correntada adivino que se formaron nuevas canaletas en los primeros metros de costa. Si alguien inexperto se metiera, la corriente se lo llevaría como a una rama y lo haría pedazos contra los acantilados. Mucho después,

con apenas catorce años, mi hermano Andrés rescatará a tres turistas y se llevará la primera ovación de su vida. Uno de los guardavidas estará durmiendo escondido detrás de las cortinas de una carpa y el restante tomando mate con los guardavidas del balneario vecino. Les voy a descontar el molinillo del sueldo que les debo, dice Peter, para que aprendan.

Después de almorzar vamos hasta el centro a comprar materiales en el corralón. Lo primordial es arreglar los techos, por lo tanto Peter encarga varias chapas de fibrocemento acanalado, tirafondos galvanizados, arandelas, diez litros de pintura verde para el techo y algunos metros de machimbre de una pulgada para reforzar las ventanas. Peter saca

la chequera pero el dueño del corralón, un armenio de más de cincuenta años que viste como un *amish*, le pide que pague al contado porque todavía faltan muchos meses para la temporada. Le cuenta que de muchos balnearios le deben facturas del último verano. Yo siempre te cumplí, dice Peter, y es cierto: es el único corralón de confianza y Peter no se puede dar el lujo de perderlo. Al final Peter se sale con la suya y divide el pago en tres cheques diferidos que comenzará a cancelar en noviembre y terminará de cubrir en enero. Después del corralón pasamos por el almacén y la carnicería. Por último, compramos bizcochos de grasa, tortas negras y dos kilos de galleta de campo para los días que hagan

falta. Peter aprovecha el recorrido para revisar el estado de los postes que señalizan las calles del pueblo. Cinco años atrás los números estaban pintados en los cordones, cerca de las esquinas, junto a los desagües. Mientras construía el balneario, Peter consiguió que le adjudicaran, por contratación directa, la señalización de las calles de Miramar. Además de cobrar por la colocación de los postes, podía vender espacios de publicidad en el extremo superior de los mismos. El problema, según Peter, es que durante el invierno desaparecen muchos postes y él debe absorber el costo de reemplazarlos, en especial aquellos con publicidad paga. Mientras Peter maneja, yo anoto en su agenda las intersecciones de las calles

donde faltan carteles. Ante cada poste faltante, Peter menea la cabeza y lanza un insulto al aire. El día que me cruce con alguno... que dios lo ayude, dice. Pero nunca se cruzará con ninguno. Tres años después, el primer intendente peronista en mucho tiempo tras varios mandatos radicales, llamará a licitación pública para reemplazar los postes de madera por otros de acero. Peter no participará en la licitación.

Antes de volver al balneario pasamos a saludar al comisario Pereyra. Peter le avisa que estamos en *Arenas* y le pide que pase a la noche con la sirena encendida, por las dudas. El comisario le dice que no se preocupe, que todas las noches del año lo hacen. Peter no

le cree, pero tampoco lo puede demostrar ni decirlo abiertamente. Antes de irnos saca algunos billetes y se los entrega al comisario. Para pasar el invierno, le dice.

Mientras esperamos la llegada del camión con los materiales, nos dedicamos a rescatar ladrillos de las paredes caídas de las canchas de paddle. Llevamos dos sillas de mimbre, dos mazas y dos cortafierros y empezamos a separar el cemento del ladrillo. Se coloca el ladrillo encima de una piedra, se sujeta el cortafierro con la mano izquierda y la maza con la derecha para comenzar a picar. Los primeros cuestan, rompo dos o tres, luego se vuelve la tarea más fácil del mundo. Al igual que lo hacía con las papas y las cebollas, Peter pica

los ladrillos fumando. El humo todavía no me disgusta. Incluso, con el frío de la intemperie, tener esa pequeña brasa cerca me da una sensación de calidez. En casa hay ceniceros colapsados de colillas por todos lados. Se fuma en el cuarto de mis padres, en el baño, en la cocina, en el living. Yo comparto cuarto con Andrés, Cecilia tiene el suyo propio y Marcela y Milagros comparten otro. Volver del colegio y encontrar el acolchado corrido significa que mamá durmió la siesta ahí. En ocasiones olvida llevarse el cenicero y la taza de café. Recién después de que las leyes lo prohíban en casi todos los lugares públicos, comenzaré a sentir rechazo por el tabaco. Mientras salvamos ladrillos, Peter me cuenta que la razón

por la cual mis abuelos maternos, que hasta el año anterior habían vivido toda su vida en Santa Fe, vinieron a Buenos Aires fue que mi abuelo Bernardo perdió el negocio en partidas de póker del Club de Leones. Y mi abuela, por vergüenza, quiso irse de la ciudad. También me cuenta que el hermano mayor de mi abuelo se había suicidado muy joven por deudas de juego, y que el menor, Jaime, había apostado la casa de sus padres poco después de que lo nombraran apoderado.

A la noche vamos a la casa de Osvaldo, el único amigo miramarense de Peter. Osvaldo es dueño de un negocio de artículos de caza y pesca. Se hicieron amigos en la playa, cuando recién comenzaba la construcción de

Arenas. Osvaldo iba a pescar casi todos los días, de acuerdo al estado del mar y de las mareas. Peter cree que el noventa y nueve por ciento de los miramarenses son resentidos y vagos, y que Osvaldo está dentro del uno por ciento restante. El hijo de Osvaldo, que apenas un año después se sorprenderá al vernos llegar en un Audi 80 usado, y que además trabaja en la Municipalidad, está dentro del noventa y nueve por ciento. Para ese entonces, Peter tendrá un cargo público en Parques Nacionales y el comentario del hijo de Osvaldo (“y después dicen que los políticos no roban”) será el comienzo del fin de la amistad. Para cuando pase a los autos importados cero kilómetro, Peter no tendrá contacto con ellos.

Conociendo mi fanatismo por Independiente, Osvaldo nos invita a cenar para ver el partido. Antes de que comience, mientras la cocina despidе un potente aroma a salsa bolognesa, aprovechamos para ducharnos. El gas natural todavía no ha llegado a Miramar, por lo tanto Peter me dice que sea breve.

El primer tiempo del partido es malo, casi sin llegadas a los arcos. El hijo de Osvaldo, flaco, alto, cara de mula, comenta todo a los gritos. Insulta a los jugadores cada vez que se equivocan, sin distinción de camisetas, y también al árbitro y jueces de línea. Los técnicos también reciben algún insulto. Termina el primer tiempo en cero y pasamos a la mesa. La mujer de Osvaldo hace todo: cocina,

pone la mesa, sirve los platos, sonríe. Nosotros nos limitamos a comer los ñoquis en silencio mientras miramos en la TV la repetición de las pocas jugadas de peligro. Los ñoquis están ricos pero la salsa tiene demasiada cebolla y ajo. Le pongo queso rallado en exceso para tapar el sabor de la salsa. Peter me reta: dejá queso para los demás, dice. Al comienzo del segundo tiempo, un defensor de Independiente hace un gol de cabeza y yo soy el único que lo grita. Peter también es de Independiente pero el último gol que gritó en su vida fue el de Bochini a la Juventus en el 73. El partido sigue aburrido, Independiente se pierde un par de goles. En tiempo de descuento empatan Mandiyú y Osvaldo y su hijo, ambos de Boca, lo gritan.

A las doce de la noche entramos al casino. En temporada es muy difícil que dejen pasar a un menor de dieciocho, pero en invierno puede ingresar cualquiera que supere el metro veinte. Además a Peter lo conocen. Mi primera impresión es que en ese lugar nadie la pasa bien. Años después, cuando empiezo a ir con mis amigos, voy a descubrir que la mayoría de la gente, gane o pierda, se divierte. Los jugadores de invierno son empleados de la Municipalidad y comerciantes locales. La gente que solo trabaja en temporada no puede darse ese lujo. Entre los jugadores detecto al dueño del corralón. Está vestido con un conjunto de jogging y lleva una riñonera donde guarda las fichas. Lo saludo a la distancia, levanto la

mano, pero al verme frunce el ceño. Lo primero que pienso es que desaprobaba mi presencia en el casino a mis catorce años. Pero ahora creo que desaprobaba que Peter apostase la plata que no tenía. Peter me da un par de fichas para que no me aburra, pero las pierdo en la ruleta en apenas dos bolas. Busco a Peter por el salón y lo encuentro en la mesa de punto y banca. Al principio me quedo junto a él, intento comprender el juego pero enseguida desisto y doy unas vueltas por el local. En la ruleta me vuelvo a encontrar con el dueño del corralón. El tipo juega fuerte a la segunda docena, y por su cara arriesgo que pierde más de lo que gana. Cada vez que la bola se detiene en un casillero miro sus fichas y después lo

miro a él. Advierto mi error: la amargura del tipo no tiene nada que ver con la suerte, es una amargura innata, de pueblo, una amargura de invierno crudo y viento sudeste. Al rato decido volver con Peter, pero no lo encuentro en ninguna mesa. Camino por el salón. Los espejos en las columnas me devuelven una imagen que no me gusta: la nariz y la cabeza desproporcionadamente grandes con respecto al cuerpo, las piernas más gruesas que el torso, algunos granos en la frente. En una pared junto al baño encuentro un teléfono público, que años después será reemplazado por un cajero automático. Compruebo en mi bolsillo que cuento con algunas monedas y llamo a Sofía. Sofía es mi vecina, tiene pileta y va a

un colegio católico de mujeres solas. Yo soy su único amigo varón y ella mi única amiga mujer. Nuestra amistad se verá dañada alrededor de los dieciséis años por culpa de Peter y de su padre, quienes harán negocios juntos. Luego, de más grandes, nos reencontraremos en el velorio de mamá y volveremos a ser amigos durante unos años. Para ese entonces yo estaré casado y ella será madre soltera de una nena de cuatro. Durante un tiempo almorzaremos juntos cada miércoles en un restorán de Puerto Madero, cerca de nuestras oficinas. En medio de la crisis de 2002 a ella la despedirán y continuaremos los almuerzos en su departamento. En uno de esos encuentros nos acostaremos y dejaremos de vernos por dos

meses. Nunca hablaremos del tema. Al año, Sofía encontrará un trabajo en Zona Norte y no nos veremos nunca más. Le cuento que estoy en el casino con Peter y que el frío de Miramar es mil veces peor que el de Martínez. ¿Ganaste?, pregunta. Perdí, digo, poca plata. Sofía me cuenta que está aburrida porque su única amiga del colegio se fue a esquiar y yo estoy lejos. Las vacaciones de invierno son lo peor, dice. Una mierda, digo yo. Me están llamando a la mesa, dice Sofía, te tengo que cortar. Todo bien, digo. Cuidate, responde. Meto otra moneda en el teléfono y llamo a mi amigo Hernán, que es fanático de River. Hablamos un rato del partido de Independiente. También le cuento que acabo de ganar en el casino

y que voy a guardar la plata para comprarme una tabla de surf para el verano. Me pregunta cómo está el tiempo en la costa. Horrible, digo, pero se respira aire puro. Después intento llamar a mamá pero la última moneda que me queda es falsa y el teléfono no la reconoce.

Localizo a Peter en el bar del casino: toma un whisky en la barra mientras conversa con el barman, un tipo de saco gris y moño negro. Me acerco a Peter y le pregunto si puedo tomar una Coca. Peter asiente y el barman me la sirve en un vaso largo con mucho hielo. Pienso que el tipo debe ser de esos que le ponen hielo a todo lo que no se tome caliente. Tiene el aspecto de un buitre, de sepulturero. Cuando veo a Peter sacar la chequera y cambiar un

cheque por plata, descubro que se trata de un barman prestamista. Curiosamente, a esa altura ya hace algunos años que conozco las palabras “prestamista”, “usurero”, “buitre”, “cagador”. Tarde o temprano, todas las personas que hagan negocios con Peter a lo largo de su vida recibirán de su parte alguno de esos mote.

Volvemos al balneario en silencio. Al llegar a la tranquera Peter detiene el auto, pone el freno de mano y saca la 9 milímetros de la guantera. En Buenos Aires tiene dos armas más: una 22 en la oficina del centro y en casa, una pistola de guerra que perteneció al General Ramírez, mi bisabuelo, la única que no había donado al Museo del Colegio Militar. “Tata”, como le decían, había compartido el

cuarto con Peter mientras se moría de cáncer. Y antes de morir le regaló la pistola. A los quince años Peter ya sabía cargar, disparar y vaciar un arma. Ahora Peter baja del auto y dispara dos veces en dirección al mar. Tal vez influido por las clases de Física del colegio, pienso en la aceleración de la bala, en su parábola, en la distancia recorrida y en la fuerza del impacto con la superficie del agua. Le pregunto a Peter si es cierto que la velocidad con la que cae un objeto es igual a la velocidad con la que asciende y me responde que sí. También me dice que en el vacío una pluma y una piedra caen a la misma velocidad. Le pregunto qué es el vacío y no contesta. Agrego que lo imagino como el espacio visto desde la

ventanilla de una nave. En el espacio hay planetas, meteoritos, satélites, objetos que viajan en distintas direcciones, dice Peter, el vacío es todo lo contrario: no hay nada y la única dirección posible es hacia abajo.

Antes de ir a dormir llenamos dos bolsas de agua caliente y las colocamos en los catres, entre las sábanas heladas y húmedas. Encima de las sábanas ponemos tres frazadas viejas y con olor a tierra. Mientras esperamos a que las bolsas de agua calienten las sábanas, tomamos un café en el restorán. A pesar de que estoy muerto de sueño, jugamos tres partidos de escoba del quince y gano todos. Peter siempre sabe cuál es la última carta que tengo. Le pregunto cómo hace y me explica que de chico su

abuelo le enseñó a contar las cartas. Volvemos al cuarto-administración y nos metemos en los catres. Yo con el pantalón del pijama, dos pares de medias y el buzo del colegio. Peter se pone un pantalón de jogging viejo que encuentra guardado en un cajón y, como todo lo demás, huele a polvo y a humedad. Antes de dormirme, Peter pregunta si me gustaría vivir en Miramar y respondo que no sé. Permanecemos en silencio un minuto o dos. Peter fuma recostado en el catre, mira el techo que por suerte en ese sector permaneció intacto. Yo tampoco, dice. Apaga el cigarrillo y luego, la luz del velador.

DÍA 2

César llega temprano y nos despierta con golpes en la ventana. Mi cuerpo está enterrado bajo las frazadas, de pies a cabeza. Una pequeña abertura entre las sábanas me permite capturar algo de aire frío y húmedo, lo suficiente como para no ahogarme ni morir congelado. La bolsa de agua está apenas tibia, pero tenerla abrazada junto a la panza reconforta, hace que uno se sienta menos solo. Lo bueno del catre es que forma una especie de hendidura y uno tiene la sensación de estar más protegido. Lo malo es que cuesta levantarse. César golpea nuevamente y oigo que Peter se despereza y se incorpora despacio.

Yo lo imito. Durante los inviernos, César se deja el bigote y se lo afeita poco antes de que arranque la temporada. Está vestido con zapatillas, jeans subidos hasta la altura del ombligo y un camperón amarillo con capucha. En verano César se encarga de la administración: atiende a los proveedores, cobra a los clientes de las carpas, contesta el teléfono y poco más. Ama el balneario y actúa como si fuera el dueño, y a mí eso a veces me molesta. Tiene unos treinta años, vive con la madre y de joven fue seminarista. El ancho de sus caderas es el doble que el de sus hombros. Durante el invierno, sus labores se limitan a pasar de vez en cuando por *Arenas* para asegurarse de que todo esté en orden y mostrar movimiento

hacia afuera. En teoría debería ir dos veces por semana y quedarse unas cuatro horas. A cambio, Peter le paga un sueldo mínimo, casi miserable, que le alcanza para comer, pagar el cable y algún café por la calle 9 de Julio, que en verano se transforma en peatonal pero fuera de temporada es una calle más del pueblo. El invierno siguiente lo tendremos instalado en Martínez, buscando triunfar en Buenos Aires. Según Peter, César es mucho para Miramar. A los tres meses de tenerlo en casa, sentado o acostado en el sillón del living, mirando televisión, participando activamente de todas las conversaciones familiares, y, lo más importante, sin buscar trabajo, mamá declarará que su lugar es Miramar y que jamás debió

haberse ido de ahí. César, que deberá volver a su lugar de origen con una dosis extra de tristeza en su mirada, es maricón. Todos lo sabemos, pero Peter, que en esa época odiaba a los maricones, dice que apenas es un poco amanerado. César está enamorado de Peter, y Peter, a su modo, lo quiere.

Después de desayunar Peter se sube al techo para colocar las chapas de fibrocemento que faltan. El viento sudeste, si bien disminuyó bastante, puede derribarlo si no lo hace con precaución. Peter siempre se jactó de saber “caminar los techos”. Esto significa pisar siempre en las uniones de las chapas, sobre los tirantes de madera. Repartir el peso en las puntas de los pies como un bailarín. Se

desplaza de una chapa a la otra algo encorvado para darle al viento menor superficie de choque y hacer crecer sus probabilidades de éxito. Cada chapa de fibrocemento tiene aproximadamente un metro cuadrado y es acanalada para que el agua corra y no se estanque. Se colocan unas sobre otras y se amuran a los tirantes con tirafondos galvanizados. A medida que Peter camina por las chapas, se da cuenta de que la mayoría tienen clavos y algunos tornillos. Los techistas se robaron los tirafondos, dice. Cada vez que Peter necesita una chapa, César la levanta del suelo y se la acerca. Mi función es sostener fuerte la escalera, que se arquea con el peso de César, contra la pared. Peter, además, tiene a mano

una agujereadora que funciona con un alar-
gue y se enchufa al tomacorriente del cuar-
to-administración. Para el mediodía Peter ha-
brá colocado todas las chapas y asegurado el
resto con tirafondos. Mientras baja del techo
afirma que, a partir de ahora, nunca volverán
a volarse. Lamentablemente las cosas no su-
cederán de acuerdo a su predicción. Muchos
años después, a fines de enero de 2000, un
pequeño tornado llegará desde el mar y des-
truirá algunas carpas, ventanales, techos y au-
tos. También derribará una de las paredes de
las canchas de paddle, que esta vez quedará
tumbada para siempre. Nadie intentará recu-
perar sus ladrillos porque ya nadie jugará al
paddle. Yo estaré, en el momento del tornado,

intentando dormir la siesta con mi novia. El viento, cada vez más fuerte, nos impedirá conciliar el sueño. El miedo de ella, que es del Caribe y ha visto huracanes destrozar las costas de su país, hará que todo su cuerpo tiemble como el de una pantera poseída por la erupción de un volcán. El tornado pasará por arriba nuestro y nos regalará, además de llantos y deudas, una hermosa vista al cielo azul.

César cocina un guiso de carne y arroz que, al igual que la salsa de la esposa de Osvaldo, tiene demasiado ajo y cebolla. Pienso que es un vicio de los miramarenses, y se lo digo a Peter mientras César lava los platos. Peter me responde que es un vicio de la gente pobre, porque el ajo y la cebolla condimentan la

comida de modo de generar en los estómagos carenciados una falsa ilusión de saciedad, como el picante en la comida mexicana. Después de comer jugamos algunos partidos de generala y Peter gana tres de cinco. César y yo ganamos uno cada uno. Hoy es mi día, dice Peter, y me amargo al pensar que por la noche volveremos al casino.

Al rato llegan Osvaldo y la esposa en su Renault 12. Estacionan el auto junto al Dodge y caminan directo a la orilla sin detenerse en el restorán. Osvaldo lleva en su mano dos sillas plegables, la caña y la caja de pesca. Siempre hace así, sabe que tarde o temprano bajaremos a hacerle compañía. Yo muero por ir a pescar con él, pero sé que Peter va a ponerse

a trabajar de un momento a otro. Sin embargo, Peter interpreta mi deseo y me dice que baje a saludar a Osvaldo mientras él y César pintan las chapas nuevas. En realidad Peter pintará las chapas y César le dará conversación desde abajo.

Osvaldo me enseña a encarnar con anchoíta y camarones. En lugar de cobre, utiliza hilo de coser. El cobre destroza la carnada, dice. A diferencia de la mayoría de la gente que viene a pescar a nuestra playa, Osvaldo lanza desde la orilla. El pique está acá nomás, dice, en esa olla. Señala un punto entre la primera y segunda rompiente: ahí hay pejerrey, dice. El momento de mayor pique, según Osvaldo, es cuando la marea comienza a crecer. Pero el

pique ese día no llega porque el mar todavía está revuelto. En cuanto se asiente habrá pejerreyes de buen tamaño. Mientras nosotros hablamos, la esposa ceba mate en silencio. Osvaldo me cuenta que una vez le disparó a un lobo marino desde la orilla y le metió la bala entre los ojos.

Cuando César, Osvaldo y su esposa se van, Peter me da una lección de manejo en la playa de estacionamiento y me enseña a cargar y disparar la 9 milímetros abajo de los acantilados. Disparar es como pasar un auto en la ruta, dice, hay que mantener la cabeza fría y el corazón caliente. Seis años después volcará yendo a Córdoba en un Rover 400 recién sacado de la concesionaria. Saldrá del auto por

la ventanilla, ileso, caminará dos kilómetros hasta llegar a una estación de servicio, pedirá un café doble apenas cortado y llamará a la compañía de seguros para que manden una grúa. A los ciento tres años, en su casa de las Islas Griegas, Peter decidirá que ya habrá vivido lo suficiente, hará un breve pero completo repaso mental de los momentos más importantes y pondrá fin a su vida de un preciso disparo en la sien derecha.

A la noche vamos a cenar a casa de Carlos, otro amigo de Peter que vive en Mar del Plata. Cursaron juntos la primaria en el Guadalupe y nunca fueron muy cercanos, se podría decir que Peter era de los revoltosos y Carlos, en cambio, de los religiosos disciplinados.

Cuando empezó la construcción de *Arenas*, Peter se enteró de que Carlos vivía en Mar del Plata y comenzaron a frecuentarse. Está casado y tiene cinco hijos (tres varones y dos mujeres), todos muy rubios y de ojos claros. La mayor tiene un par de años menos que yo y se nota que gusta de mí, aunque probablemente guste de cualquier chico que sea mayor que ella. Todavía estoy en la edad en la cual eso me molesta y a la vez me halaga. La esposa de Carlos es linda pero es evidente que se trata de una mujer conservadora y, detrás de su sonrisa, percibo una frialdad un poco intimidante.

Antes de cenar nos duchamos, y como olvidé mi toalla en el balneario, debo secarme con un toallón de Boca que me presta el menor

de los hijos. Mientras me visto con ropa limpia, descubro que alguien se olvidó un teléfono inalámbrico sobre la tapa del tacho para la ropa sucia. Compruebo que tenga tono y marco el número de Hernán. Lo primero que le cuento es que Peter me enseñó a disparar con la 9 milímetros. Hernán me pregunta si pateo. Un poco, digo, hay que apoyar la mano derecha sobre la izquierda para evitar que la mano suba y desvíe la trayectoria de la bala. Tiene balas de punta hueca, digo, son las mejores porque se fragmentan adentro, como si explotaran, y destrozan los órganos. Hernán me pregunta a qué le disparamos y respondo que a botellas de gaseosas vacías. Rompimos todas, digo. Después le cuento que pesqué

algunos pejerreyes de cincuenta centímetros. Hernán me cuenta que fue con su hermano a la cancha de Vélez a ver River-Platense, uno a cero con gol de Batistuta, y a la vuelta en el 21 le robaron el gorro que se había comprado el domingo anterior. Ya es el cuarto que me afanan, dice. Le cuento que con Peter arreglamos los techos del balneario en una sola mañana. Le hablo del frío y de César, le cuento que es maricón. Dónde estás, pregunta. En la casa más aburrida del mundo, digo. Corto con Hernán y llamo a casa. Me atiende mi hermana mayor, Cecilia. Le pido que me pase con mamá y me dice que me apure porque está esperando un llamado de su novio. Qué vas a tener novio, le digo y ella se ríe. Vos qué sabés, dice.

Cecilia me pasa con mamá. Le cuento que ya casi terminamos de arreglar los techos y que Peter me está enseñando a manejar. Mamá me dice “con cuidado”. Para tranquilizarla le digo que Peter no me deja pasar de segunda, lo cual es verdad. Ya vas a tener tiempo para acelerar, es la frase de cabecera de Peter. Y el día en que saque el registro, tres años después, chocaré el Dodge contra una columna de hormigón en la estación Acassuso. Le pregunto a mamá si César es homosexual y ella dice que es un pobre chico castrado por la madre. Por último llamo a Sofía y atiende la mamá. Sofía se está bañando, dice, ¿la querés esperar? No me da opción a responder y deja el teléfono descolgado. Escucho a lo lejos que

la madre le grita que estoy en la línea. De fondo, se escucha alguna discusión entre los dos hermanos de Sofía. Antes de que ella termine de bañarse, la batería del inalámbrico se agota. Termino de vestirme y bajo al comedor.

La cena consiste en carne al horno con papas (por suerte sin ajo) batatas y ensalada de tomate y huevo. A Peter le toca una de las cabeceras y a mí la otra. Carlos y la mujer se sientan uno a cada lado de Peter. A mi derecha se ubica la hija mayor, que no deja de mirarme. Me habla de las materias que está cursando y me cuenta que cuando empiece la secundaria va a estudiar francés en la *Alliance* porque quiere ser diplomática. Me explica que para eso necesita hablar a la perfección dos idiomas

además del castellano. Yo también voy a ser diplomático, le digo. Sin embargo, a los dos años de comenzar abandonaré la carrera de Administración de Empresas para viajar a Centroamérica y trabajar en bares. Volveré al país después de un año y abriré un vivero en Las Lomas de San Isidro. Me casaré, cerraré el vivero, trabajaré en una empresa multinacional y llegaré a ser gerente de Logística. Me divorciaré, me haré despedir sin causa, abriré un bar con Andrés y me casaré nuevamente. Tendré dos hijos varones, los criaré lo mejor posible (que no es lo mejor que se puede), me divorciaré otra vez y en 2027 me iré a vivir a Brasil. Peter viajará a visitarme para festejar sus ochenta años. La primera semana lo

llevaré a pasear por Río de Janeiro, donde conocerá a una mujer inglesa con la cual pasará el resto de las vacaciones. Aparecerá por mi departamento de Leblon, solo, la noche anterior al vuelo de regreso. Pero, en lugar de volar a Buenos Aires, viajará a Grecia, desde donde nos enviará, durante un año, distintas postales con fotos de playas mediterráneas y cartas de despedida.

Cuando Peter habla, la mujer de Carlos sonríe de un modo diferente. Muchas veces, a lo largo de mi vida, veré ese tipo de sonrisas en las caras de las mujeres cercanas a él. Algunas serán amantes, otras serán novias, la mayoría lo desearán en silencio. Después de cenar, los grandes se quedan tomando un café en la

cocina y los hijos y yo vemos Fútbol de Primera en el living. La hija menor se ofende porque quiere ver otra cosa y se va llorando a su cuarto. La mayor, pese a que no le gusta el fútbol, se sienta junto a mí con las piernas cruzadas. Los tres varones ven el programa sentados en la alfombra. El mayor y el menor son de Boca, el del medio es de Racing. Aprovecho un corte para ir al baño, y cuando paso cerca de la cocina veo que Peter y Carlos están intercambiando cheques. Peter guarda el cheque de Carlos en el bolsillo de la campera. Cuando vuelvo del baño, Peter me dice que me abrigue porque ya se hizo tarde y debemos volver a Miramar.

Una vez en el auto le pregunto si vamos a ir al casino de Mar del Plata, pero me responde

que no lo conocen y no lo dejarían entrar con un menor. Consulta el reloj en su muñeca derecha. Una vez le pregunté a Peter por qué lo usaba ahí y su respuesta fue simple: si tengo que pelear, prefiero tener la izquierda libre.

La ruta 11 está vacía de autos pero cargada de una bruma espesa que deja muy pocos metros de visibilidad. Peter coloca las balizas y no pasa de los ochenta kilómetros por hora. La presencia del mar solo se hace evidente por el ruido de las olas al romper contra los acantilados. Peter está tenso, lo advierto en su mandíbula. En ese momento pienso que es por la bruma, ahora creo que se trata de una tensión propia de quien vislumbra en el horizonte muchos años difíciles, una tensión

de rutas provinciales sin banquetas, de hileras interminables de camiones imposibles de pasar. De algún modo, Peter se anticipaba a sus próximos veinte o treinta años de vida. Al fracaso del balneario y de cada negocio que emprendiera, a los vaivenes económicos propios y a los del país, a la enfermedad y a la muerte de mamá, al alejamiento de sus hijos. Para distraerlo, le digo a Peter que me gustaría vivir en Mar del Plata. Peter, sin quitar la vista del camino, dice: puede ser, tenemos que convencer a tu madre. Prende un cigarrillo, busca sintonizar alguna radio local, sin éxito. Intento reclinar el asiento del Dodge pero la palanca está trabada. Agarro la campera de Peter que está en el asiento trasero y la

acomodo contra la ventanilla. Apoyo la cabeza y me duermo.

Despierto minutos después. El auto está detenido en la banquina de la ruta, junto a la tranquera del balneario. Las luces del Dodge están apagadas y el motor, también. Peter saca la 9 milímetros de la guantera y al verme despierto me dice que espere adentro, que no baje por nada del mundo. ¿Qué pasó?, pregunto. Hay alguien, dice, me pareció ver movimiento. Miro hacia el balneario, completamente tapado por la bruma. Peter se saca el reloj y baja del auto. No se te ocurra bajar, repite. Camina con lentitud hacia el balneario, la pistola apuntando al cielo. Poco después lo veo desaparecer en medio de la bruma. Miro

el reloj: son las doce de la noche.

Me pongo el reloj de Peter que baila en mi muñeca izquierda y me llega casi hasta el codo. Todo permanece en silencio, apenas puedo percibir las olas que se mezclan con el tic tac de las agujas. De vez en cuando algún auto pasa por la ruta junto al Dodge.

Son las 00:05 y no hay novedades. A las 00:06 escucho dos disparos que, para mi sorpresa, no me sobresaltan. Es como si los hubiera estado esperando toda la vida, y, por otro lado, los acompaña la certeza de que vendrán muchos más. Una sombra aparece en medio de la bruma. Lleva una linterna en la mano, corre a toda velocidad por la playa de estacionamiento. Es una sombra ágil, de textura

delgada, mucho menor a lo que podría ser la sombra de Peter. La sombra tropieza, rueda, en un mismo movimiento se levanta del piso y continúa su carrera. La linterna queda encendida en el suelo. Me recuesto en el asiento para no ser visto. La sombra pasa junto al Dodge y desaparece en la ruta.

Son las 00:10 y Peter todavía no viene. Me pongo su campera y bajo del auto. Recojo la linterna y camino lentamente hasta meterme en la bruma. Por primera vez en mis catorce años de vida asumo que Peter no es inmortal. Imagino su cuerpo tendido en el suelo de ladrillos, la sangre tibia avanza por su cuerpo, la 9 milímetros aferrada a su mano izquierda. Pero cuando doy la vuelta al edificio veo que

Peter está de pie, de espaldas a un cadáver de textura similar al que huyó segundos atrás. Por un instante pienso que tal vez vi escapar al fantasma del muerto. Dos años después iré al cine con Sofía a ver *Ghost* y recordaré la escena de la sombra. Peter no se sorprende al verme, tampoco me reta por haber bajado del auto. Estaba por ir a buscarte, dice. Está en shock, aunque pretenda disimularlo. ¿Está muerto?, pregunto. Peter no responde, se palpa los bolsillos en busca de algo. En ningún momento se percata de que llevo puesta su campera. Sin decir nada saco el atado del bolsillo y se lo tiro junto al encendedor. Peter prende un cigarri-
llo con dificultad. Puedo notar un leve temblor en sus manos, que se evapora a medida que el

cigarrillo se consume. Peter se coloca en cuclillas junto a la cabeza del muerto. Alumbro la escena: un gran manchón tiñe un pullover de lana negro a la altura del pecho. Un hilo de sangre, como en las películas, asoma por la comisura de la boca. Recién entonces Peter cae en la cuenta de que tengo una linterna. ¿Y eso?, pregunta. Era del otro, digo, se le cayó cuando escapaba. ¿Había otro?, pregunta y se pasa la mano derecha por el pelo. La puta madre, dice, no lo vi. Peter se incorpora, camina y fuma alrededor del cadáver. Se detiene, palpa el cuerpo inerte con el pie. Hay que buscar a Pereyra, dice.

¿Te animás a cuidar el cuerpo mientras voy a la comisaría?, dice Peter. Sin esperar mi respuesta me pasa la 9 milímetros y las llaves del

balneario. ¿No puedo ir con vos?, pregunto. Alguien tiene que vigilar, dice. Yo puedo ir a buscar a Pereyra, digo. Peter piensa. No, dice, es peligroso que manejes con esta bruma. Son diez minutos, voy y vuelvo, no te va a pasar nada. Mantenete alejado del cuerpo, si escuchas ruidos dispará al aire. Siempre apuntando hacia arriba, dice. Deja caer el cigarrillo y lo apaga con el pie. Me da un abrazo. Estoy orgulloso de vos, dice y comienza a caminar en dirección a la ruta. Lo acompaño unos metros, siempre con la 9 milímetros en una mano y la linterna en la otra. En la playa de estacionamiento Peter me ordena que vuelva al balneario. Me detengo y espero para ver la imagen de Peter confundirse con la oscuridad. Al rato

una pequeña llama alumbra la cara de Peter. Prende un cigarrillo. Parece tener todo bajo control otra vez.

Vuelvo al balneario, abro la puerta de la cocina del restorán y saco una silla blanca de mimbre. La llevo hasta la galería que se forma a la entrada de los vestuarios. Decido que es el mejor lugar para mantenerme oculto, reparado del viento y a la vez vigilar el cuerpo. Miro el reloj, son las 00:35. Pienso que tan solo media hora atrás nunca había visto un muerto. Y poco antes de eso, el muerto estaba vivo y Peter nunca había matado a nadie. De vez en cuando prendo la linterna y alumbró el cadáver. La mancha de sangre parece haberse detenido, en gran parte absorbida

por la arena acumulada en el suelo. Me acerco al cuerpo y alumbro su cara. La sangre en la comisura de la boca está seca, los ojos cerrados. Siempre creí que la gente moría con los ojos abiertos. Tal vez Peter le cerró los ojos para evitar su mirada, pienso. Le calculo entre dieciocho y veinticinco años. Veo una pequeña mancha gris en la frente y compruebo que se trata de ceniza de cigarrillo. Me acerco y soplo con suavidad, la ceniza vuela y se evapora en la noche. Por primera vez desde que llegamos a Miramar me olvido del frío.

A las 00:52 veo el resplandor de las sirenas acercarse por la ruta. Camino hasta la playa de estacionamiento y espero ahí. Delante del patrullero viene el Dodge. Peter baja del auto y

abre la tranquera. Deja que pase el patrullero y luego pasa él. Estacionan junto a la administración. Peter y Pereyra bajan del Dodge casi a la vez. En el patrullero hay dos agentes uniformados. Pereyra está vestido de civil. Probablemente estaba en la casa durmiendo o a punto de hacerlo. Me mira, está serio. No me saluda. Miro hacia el patrullero, los agentes parecen estar distendidos. Uno de ellos, el que maneja, me saluda con un gesto. El otro reclina el asiento y cierra los ojos.

Peter y Pereyra caminan hasta el cuerpo iluminado por los faros del patrullero. Pereyra se acucilla junto al cadáver. Lo conozco, dice, es de Otamendi, salió el mes pasado con condicional. Peter suspira aliviado.

Pereyra palpa el cuerpo en busca de armas pero no encuentra ninguna. El tío es milico, dice, retirado, vas a tener que ponerle una moneda. Al menos le tiraste de frente. Entonces me doy cuenta de que todavía llevo la 9 milímetros y la linterna en mis manos. Toco a Peter con el dorso de mi mano derecha y le entrego ambas. Peter me mira sorprendido. Toma la 9 milímetros, la guarda en del pantalón y le entrega la linterna al comisario. Esta la tenía el otro, dice. Pereyra observa la linterna, se incorpora y camina hasta el patrullero. Pide una franela y antes de volver con nosotros le grita al agente dormido para que se despierte. Limpia las huellas de la linterna, la prende y la coloca en la mano izquierda

del muerto. Hay que plantarle un arma, dice. ¿Con el otro qué hacemos?, pregunta Peter. No te preocupes, dice Pereyra, yo me ocupo.

Peter me aleja unos pasos de la escena y me dice que arme mi bolso para llevarme a la casa de César. No quiero ir a lo de César, digo. Peter me mira, en otra ocasión no me habría dado la oportunidad de contradecirlo. Quiero que volvamos a Buenos Aires, digo. Yo me voy a tener que quedar unos días, dice, hasta que se arregle todo. Con César no me quedo, digo. ¿Preferís quedarte en lo de Osvaldo? Asiento con la cabeza. Sí, dice, mejor en lo de Osvaldo. Peter vuelve junto a Pereyra y yo aprovecho para guardar todo en mi bolso. Me sacó la campera de Peter, antes reviso los bolsillos

y encuentro el cheque que le había dado Carlos en Mar del Plata. La cifra es enorme, mucho más de lo que cualquier chico a esa edad, cuando los únicos precios de referencia son botines y camisetas de fútbol, alfajores y gaseosas en los recreos, pueda imaginar. En lugar de devolverlo a su lugar de origen me lo guardo en el bolsillo del jean. A la 01:38 subimos al Dodge y a la 01:50 llegamos a la casa de Osvaldo. Mientras esperamos a que salga a recibirnos, saca la billetera y me da algunos billetes. Yo le devuelvo el reloj. No le cuentes nada a nadie, dice Peter, esto tiene que quedar entre hombres.

DÍA 3

La esposa de Osvaldo me despierta para el desayuno. Osvaldo lee el diario del día anterior y toma mate en pantuflas y pijama. También pela naranjas con el cortaplumas. Me ofrece una y la acepto sin entusiasmo. Como cuatro naranjas todas las mañanas, dice, y nunca me enfermo. La casa es cálida, tanto o más calefaccionada que mi casa de Martínez. El hijo de Osvaldo toma un té con tostadas y hace zapping hasta encontrar un canal de deportes que lo satisface. Pasan la repetición de los goles de la fecha y las jugadas polémicas. Una de ellas es un penal bien cobrado contra Boca pero el hijo de Osvaldo no lo cree así, se

enoja, insulta al conductor del programa. Qué hacés, loco, me dice al verme, cómo roncaste anoche, la puta madre. No lo molestes, dice la madre. Vos porque no dormiste con él, dice. Dejá tranquilo al pibe, interviene Osvaldo, si no te gusta buscate otra casa. ¿Hasta cuándo se queda?, pregunta. Uno o dos días, dice Osvaldo. La mujer me da a elegir entre mate, té o café con leche. Elijo la última opción y me alcanza una taza con agua hirviendo, el cartón de leche fría y un frasco de Nescafé. Osvaldo se levanta y le anuncia a toda la costa atlántica que irá al baño. Vuelve veinte minutos después y me dice que me vista para acompañarlo al negocio. Si bien queda a cinco cuadras, vamos en su Renault 12, que tarda varios minutos en

calentar. Siento un fuerte retorción en el estómago que logro contener con esfuerzo. Transpiro, Osvaldo me pregunta si estoy bien. Afirmo con un gesto mientras un escalofrío me baja desde la nuca y se expande por la espalda.

El negocio de Osvaldo queda en la calle 9 de Julio, junto a un negocio de ropa deportiva y un local de venta de alfajores Havanna. En la esquina hay un café abierto donde se junta toda la gente que no está hibernando. En la vidriera se acumulan cañas de pescar, carpas de camping, bolsas de dormir, anafes, camperas, tablas de barrenar y reposeras que sobraron de la temporada. Durante el verano todos los negocios de Miramar, sin importar el rubro, venden barrenadores y reposeras. Junto a una

torre de botas de goma en diferentes colores, la vidriera también muestra rifles de aire comprimido, miras telescópicas y arcos.

Dentro del local hay una buena cantidad de cañas, plumadas, boyas y todo tipo de anzuelos, desde grandes para tiburón hasta pequeños para mojarritas. Del techo cuelgan redes y mediomundos. En el mostrador, además de la caja registradora y más boyas, hay mermeladas caseras que hace la esposa de Osvaldo y una pila de diarios locales. Pero lo que más me llama la atención es una ballesta con el mango de una pistola. Al ver que la miro, Osvaldo me dice que se usan mucho para cazar liebres y jabalíes. Y me cuenta que de chico le disparó con un rifle de aire comprimido al hijo de un

vecino, un poco mayor que él, que molestaba a todos los alumnos cada vez que volvían del colegio. Los asustaba, les quitaba la mochila, a veces les pegaba. Con Osvaldo no se metía porque vivía enfrente, pero a él igual le molestaba que se metiera con sus compañeros. Ese día fingió estar enfermo y faltó al colegio. A la hora de la salida se acomodó en el baño y apoyó el caño del rifle en el marco de la ventana, desde donde tenía una vista panorámica a la calle. El hijo del vecino salió de la casa y, como todos los días, aguardó sentado en el cerco de ladrillos a que pasaran los alumnos. Cuando el chico miró hacia el frente, Osvaldo le apuntó a la cabeza y disparó. Según Osvaldo, lo hirió en un pómulo, muy cerca del ojo

derecho. El vecino cayó al suelo sin entender nada. Osvaldo cargó el rifle con otro balín y disparó nuevamente, esta vez al cuello. El vecino chilló como un cerdo, se revolcó en la vereda, mientras los alumnos que pasaban por ahí lo miraban sin entender nada. Osvaldo guardó el rifle y el vecino nunca más molestó a sus compañeros. Vos sos el primero al que le cuento esto, dice Osvaldo.

En toda la mañana apenas entran dos personas al negocio. La primera es la chica del local de Havanna para pedirle cambio, el segundo es un hombre con una parka amarillenta que viene a preguntarle si irá a pescar a la siesta. Osvaldo le dice que no cree. ¿Te enteraste lo del loco?, dice el tipo, parece que al fin mató a

uno. Osvaldo se hace el distraído y el hombre agrega: pasé por el balneario a las seis de la mañana y vi dos patrulleros estacionados, no me dejaron bajar a la playa. Al escuchar eso salgo del local. Osvaldo se da cuenta pero sigue escuchando al hombre.

Camino dos cuadras hacia la plaza y entro a un locutorio que está debajo del casino. Pido una cabina para llamar a Buenos Aires, la empleada me indica la número siete. Las demás están vacías. Llamo a casa y me atiende Celia, la mucama, que me pregunta si está lindo el mar. Le cuento que está revuelto todavía. Me pregunta si me metí y, en lugar de responderle, me río. Celia no conoce el mar, pero para el verano siguiente mamá decidirá que con

Milagros tan chiquita necesitará su ayuda. Entonces Celia viajará con nosotros a Miramar para ocuparse de la limpieza de la casa que alquilemos y todas las tardes se tomará el Rápido del Sud que la dejará junto a la tranquera del balneario. Celia me dice que espere, escucho que le dice a mamá “señora, es Matías”. Andrés levanta el teléfono del living para contarme que mamá lo va a llevar a la peluquería porque está lleno de piojos. Me van a rapar, dice. Le digo que no se le ocurra dormir en mi cama y que a la noche vaya al kiosco de diarios a buscar la revista El Gráfico. No lo leas hasta que yo vuelva, ordeno. Mamá atiende desde su cuarto y le dice a Andrés que cuelgue. Me pregunta por Peter y le respondo que

tuvo que ir a Mar del Plata a comprar unas herramientas que no consiguió en Miramar. ¿Te dejó solo?, pregunta. Estoy en el negocio de Osvaldo, digo, después de comer vamos a ir a pescar. Me pregunta si hace frío, sin escuchar mi respuesta dice “abrigate mucho”. Le pregunto por Mili. Te extraña horrores, pregunta todo el tiempo por vos, en cualquier momento se larga a caminar. Decile que la quiero mucho, digo. Decile a tu papá que me llame, me interrumpe mamá. Abrigate bien, repite. Nos despedimos pero como todavía puedo oír del otro lado de la línea, asumo que dejó el auricular mal colgado. Me quedo un rato escuchando pelear a Andrés y Marcela, y un grito enérgico de mamá que dice “termínenla

de una vez o se quedan sin televisión hasta mañana”. Después oigo el ruido del auricular del teléfono apoyarse contra la base y el tono de ocupado en la línea.

Marco el número de Hernán, pero cuelgo antes de que atiendan y llamo a Sofía. Me atiende Raquel, su mucama, que me conoce desde chico y me quiere más y me trata mejor que a cualquiera de la familia. Cada vez que voy a su casa me abraza y me prepara un vaso grande de Coca con hielo. Años después, cuando esté casado y viva en Palermo, Raquel vendrá una vez por semana a limpiar mi departamento de dos ambientes con vista al Jardín Botánico. Antes de pasarme con Sofía, Raquel me pregunta cómo está el clima y

me pide que le lleve un alfajor, un frasco con agua de mar y otro con arena. Al hablar con Sofía descubro un tono extraño en su voz. Le pregunto si está resfriada o si estuvo llorando. Me cuenta que sus padres se van a separar a fin de año, que es una decisión tomada y se lo contaron a ella y a sus hermanos para que se fueran preparando con tiempo. Le pregunto por qué no se separan ahora y me dice que quieren esperar a que termine el año lectivo. Falta un montón, le digo, quizás se arreglan antes. Creo que papá tiene otra mujer, dice. Yo guardo silencio. ¿Vos creés que papá tiene otra mujer?, me pregunta. No sé, digo, no creo. Se hace otro silencio, interrumpido con débiles sollozos de Sofía. Pasó algo terrible

anoche, digo. Ella se sopla la nariz y traga saliva. ¿Qué pasó?, pregunta. No te puedo contar, digo, mi viejo me mata si le cuento a alguien. ¿Y para qué me decís eso, entonces? Necesitaba compartirlo, digo, pero no te puedo contar. Sos un tarado, dice y me corta.

Pago a la empleada del locutorio y camino por la calle principal hasta el negocio de Osvaldo, que tiene las manos apoyadas en el mostrador y la mirada perdida en la calle, como si estuviese dormido con los ojos abiertos. ¿Llamó mi papá?, pregunto. Osvaldo niega con la cabeza. Ya va a llamar, dice, va a estar todo bien. Voy a dar una vuelta, digo. Volvé a las doce, dice, vamos a almorzar a casa.

Camino tres cuadras en dirección al mar y

entro a uno de los pocos locales de videojuegos que abren todo el año. Es un local grande, con varias hileras de juegos en todo el salón y flippers y juegos para niños contra las paredes. El mostrador está ubicado al fondo, junto a una máquina expendedora de gaseosas enlatadas. El lugar está tranquilo, unos pocos grupos de adolescentes distribuidos en distintos sectores. Algunos parecen de Buenos Aires, chicos y chicas con casas en Miramar cuyos padres decidieron que era mejor venir a morir de frío a la costa antes que pasar las vacaciones de invierno en la ciudad. Pero la mayoría son miramarenses. Casi todos los varones juegan al *Pole Position*. Normalmente uno juega y tres miran, seguramente para

estirar la estadía en el local. Las mujeres, en cambio juegan al *Pac-man*, al *Tetris* y al *Wonder Boy*. Al pasar junto a un grupo de chicas siento que me miran y se ríen, pero en lugar de girar la cabeza para comprobarlo, me mantengo firme y busco algún juego donde sumergirme un rato. Juego un par de fichas al *1942* y al *1943* y otras tantas al *Kung Fu Master*, donde llego al tercer nivel. Estoy por volver al negocio de Osvaldo cuando siento otro retorcijón, mucho más fuerte que el anterior. Corro hasta el baño, que por suerte está vacío, y me meto en un habitáculo. Al rato de estar sentado en el inodoro escucho que un grupo de chicos entra al baño. Hablan de chicas. Si bien por sus voces parecen tener mi edad, la

conversación me da a entender que están mucho más avanzados que yo en materia sexual. Ese mismo año, un par de meses después, la línea del teléfono de mi casa se ligará con una charla entre dos chicas algo mayores que yo y entenderé muchas cosas de la vida. Por ejemplo, que las chicas de colegios católicos tienen sexo antes de casarse, que les mienten a sus padres cuando les dicen que se quedarán a dormir en la casa de alguna amiga y que entre ellas usan un lenguaje similar al de los varones cuando hablan de sexo.

Al salir del baño descubro un juego que consiste en una especie de cascada de cuatro escalones que se mueven para adelante y para atrás. Los distintos escalones están llenos de

fichas plateadas que sirven para usar en los videojuegos. En la parte superior del juego hay una ranura en la cual el jugador introduce una ficha que cae al primer escalón. La habilidad del jugador consiste en calcular el movimiento de los distintos escalones y la posición de las fichas en cada uno de ellos de modo que la ficha introducida provoque una pequeña avalancha. Estudio rápidamente la disposición de las fichas y, algo tímido, coloco una en la ranura. La ficha hace caer dos al segundo escalón, una al tercero, pero ninguna al cuarto. Coloco otra ficha que hace caer otras dos al segundo, dos al tercero y tres al cuarto, pero ninguna a mi bolsillo. Pienso en retirarme, pero dos chicas de Miramar se acercan para

ver cómo juego. Palpo mi bolsillo para ver cuántas fichas me quedan: dos. Coloco la primera de ellas con idéntico resultado negativo, pero si bien todavía no he ganado ninguna, el juego queda poblado de fichas que están al caer. Agarro la última, dejo pasar tres o cuatro movimientos de los escalones y la coloco en la ranura. La ficha provoca la caída de dos fichas al segundo escalón, tres fichas al tercero, tres al cuarto, que a su vez hacen caer ocho fichas al hueco por donde se retira el premio. Una de las chicas aplaude y me sonrojo. Tres chicos de Miramar se acercan. Junto las fichas, las guardo en el bolsillo de la campera y coloco una en la ranura. Vuelvo a ganar, esta vez cuatro fichas. Luego pierdo dos fichas seguidas,

pero a la tercera gano siete y la chica vuelve a aplaudir y me da una suave palmada en el hombro. Te traigo suerte, dice, y mi cara se pone roja. Pierdo una vez y a la siguiente gano cinco. Pierdo dos veces más y decido que la cascada ya no está poblada de fichas en condiciones de caer al último escalón. Me acerco al mostrador con las fichas en la mano y le pregunto al cajero si las puedo cambiar por plata. Esto no es un casino, pibe, me dice. En 1997, cuando haga mi primer viaje a Costa Rica, descubriré que los casinos se encuentran en el interior de los hoteles y que podré tomar todo el whisky y el ron que quiera, siempre y cuando no deje de apostar. De ese modo, en mi primera semana iré al casino cuatro veces,

perderé el presupuesto asignado para un mes, y nunca más en mi vida volveré a pisar uno. Antes de salir del local de videojuegos le regalo las fichas a la chica que me había aplaudido. Ahora es ella la que se pone colorada y mira al suelo. Agradecele, tarada, le dice la amiga. Bajo la vista y camino hacia la salida. En diferentes momentos de ese año pensaré en ella, incluso durante el verano siguiente iré cada noche a los distintos locales de videojuegos con la esperanza de encontrarla. Pero nunca volveré a verla.

De vuelta al local de pesca, la puerta está cerrada y tiene un cartel que dice que abre a las cuatro de la tarde. Busco a alguien para preguntarle la hora pero la calle está completamente

desierta. En lugar de ir a la casa de Osvaldo decido caminar en dirección al mar. Al llegar a la costanera giro por la rambla hacia el muelle. El aire frío me golpea en la cara y en las manos. Sin embargo, el horizonte está despejado, el viento es mucho más débil que los días anteriores y casi no quedan rastros de la sudestada. A pocos metros se detiene una F100 destartalada que larga un denso humo negro por el caño de escape. Bajan dos tipos corpulentos, de más de metro ochenta, uno de ellos tiene un hacha en la mano. Caminan decididos hasta el poste que señaliza la Avenida costanera con la calle 25. En cuestión de segundos, como si fuera una operación de rutina, derriban el poste, lo cargan en la caja de

la F100 y desaparecen en dirección al centro.

Me pongo la capucha y meto las manos en los bolsillos del jean. Mi mano derecha toma contacto con el cheque que saqué de la campera de Peter la noche anterior. El mar está más calmo que en la playa de *Arenas*, seguramente por efecto de las escolleras y por la pequeña bahía que se forma en esa parte de la costa. Los balnearios del centro, construcciones iguales y separadas entre sí por pocos metros, con la pintura blanca descascarada y las ventanas tapiadas, tienen nombres como Ocean, Tiburón, Neptuno. Del otro lado de la ruta se alzan edificios de más de diez pisos, responsables de que en verano los turistas se queden sin sol a las cinco de la tarde. De

la terraza de uno de ellos, algunos inviernos después, saltará uno de nuestros guardavidas, deprimido ante la ruptura con su novia. Me llegará la versión de que, antes de tirarse, se colocará una bolsa en la cabeza y cronometrá la caída en su reloj.

En el muelle hay apenas tres hombres que intentan pescar con sus respectivas cañas. Están en la punta, juntos, como un racimo de moscas sobre el cadáver de una rata. Los tres fuman en silencio. Tal vez se conocen desde hace años y es poco lo que tienen para decirse. Me acerco a ellos para ver el resultado de la pesca, pero en los baldes no hay ni siquiera una corvina. Permanezco un rato junto a ellos, evalúo sus cañas, las líneas, intento

vislumbrar la posibilidad de un pique. Uno de los pescadores engancha su línea contra los escombros. Años atrás el muelle de Miramar era más largo y la pesca, mucho más rica, pero una sudestada y errores en la construcción provocaron el derrumbe de la parte delantera. El hombre tira de la caña para intentar salvarla, pero lo único que logra es cortar la tanza. Insulta al aire. Al ver que lo observo, me mira con odio. Tengo ganas de decirle que no me odie, que yo soy casi tan local como él, que soy el hijo del dueño de *Arenas* y que a veces yo también odio a la gente de Buenos Aires.

Vuelvo por el muelle y me paro a mitad de camino. Me asomo por la baranda de protección y miro hacia abajo, donde se forman las

mejores olas de Miramar. En verano los surfistas se tiran con sus tablas desde ese sector del muelle y bracean rápido para evitar que las olas los golpeen contra sus columnas de hormigón. Poso mis manos en la baranda, helada como una barra de hielo. Siento otro retorcijón en el estómago, pero es más suave que los anteriores y lo contengo sin mucho esfuerzo. Vuelvo a mirar hacia los pescadores: el que había cortado la tanza ya cambió la línea y está por lanzar otra vez. Le deseo en silencio que vuelva a engancharla contra las piedras y que nunca más en su vida pesque algo. Que todos los pescadores del muelle llenen sus baldes de corvinas, lenguados y pejerreyes, pero que él no vuelva a pescar

ni un cangrejo, ni un mísero cazón de treinta centímetros. Que envejezca solo y amargado, que viva muchos años en la miseria. Guardo mis manos en los bolsillos del jean y apoyo el pecho contra la baranda. Escupo para calcular cuánto tiempo tarda en caer la saliva al mar. Sin darme cuenta, mi mano derecha transforma el cheque en una pelota de papel. Cuando comprendo lo que acabo de hacer, saco el cheque del bolsillo y lo extiendo para tratar de quitarle las arrugas. Cualquier esfuerzo por alisarlo es inútil. Miro hacia abajo: una botella plástica de dos litros flota entre los pilotes oscuros y recubiertos de algas. Rompo el cheque y suelto los pedazos para que caigan lentamente entre las olas y al final, borrosos,

se confundan con el fondo del mar. Me pregunto si a esa altura Peter ya habrá descubierto la ausencia del cheque en su campera. Me pregunto si habrá dormido desde el episodio de la noche anterior, si habrá logrado arreglar todo y cuánto le habrá costado. A esa edad no tengo la menor idea del costo de cubrir una muerte. Unos años antes, un albañil se mató al caer desde el techo de una obra que él dirigía. Peter no tuvo la culpa, pero igual tuvo que pagar el velorio, el entierro y darle algo de plata al abogado de la familia. Me pregunto cuánto tiempo le llevó borrar esa muerte de su memoria, cuánto le llevará borrar esta otra de sus pesadillas. Muchas noches, durante los próximos diez años, soñaré con una

sombra corriendo desenfrenada por la playa de estacionamiento. Algunas veces, la sombra se detendrá de forma abrupta, girará sobre sí misma y me alumbrará la cara con su linterna.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina